

Rescatando a Taylor

DIEGO DE LA TORRE*
Empresario



En la Universidad del Pacífico estudiábamos marxismo. Era interesante aprender los orígenes y contexto de una concepción del mundo basada en el principio de que la dinámica de cambio social tenía que ser el conflicto y la lucha de clases tan crudamente resumidos en la metáfora ginecológica:

“La violencia es la partera de la historia”. Como Carlos Marx nunca se ocupó de crear un capital, se dedicó a vivir de lo poco que le proporcionaba su sufrida esposa, la aristócrata prusiana Jenny von Westphalen, y a despotricar contra todo aquel que tenía éxito en la naciente era industrial del siglo XIX. Como menciona Vargas Llosa en uno de sus ensayos, este modelo disfuncional le hizo mucho daño al mundo “con su

metafísica materialista, su sociología deshumanizada basada en el milagro de las transformaciones súbitas y su psicología llena de envidia y de odio” que enfrentó a las personas en lugar de unirlos. Este fue el origen de la izquierda carnívora que mató a tanta gente (decenas de millones) en la Rusia de Stalin y la China de Mao.

Por eso veo con extrañeza que muchos historiadores pongan a Marx junto con Darwin y Freud como

los forjadores del mundo moderno. Con la distancia que nos da la historia, ahora conocemos esa ideología o teoría como lo que fue siempre, es decir, una historia fantasmagórica contada para impulsar una visión materialista del mundo y apoyada por una seductora pretensión de metodología científica.

Por el contrario, quien debería reemplazar a Marx en los textos de los historiadores es Frederick Taylor, padre de la administración científica, quien aplicó métodos de optimización matemática en el trabajo, con lo que se logró la revolución

de la productividad y la elevación considerable del estándar de vida del trabajador occidental al convertirlo en una clase media con un estilo de vida envidiable que frustró las apocalípticas profecías marxistas. Mucho le debemos a este estadounidense que, haciendo observaciones e innovaciones, redujo, por ejemplo, el número de movimientos que hacía un albañil al asentar ladrillos en una pared de 19 a 7, lo que casi triplicó su productividad y brindó mayor comodidad en su labor.

La estandarización y automatización de procesos potenciados por la robótica

y la informática, inspirados en los principios de Taylor, han librado a los miembros de la sociedad moderna de rutinas y trabajos repetitivos que embrutecen, dándonos más tiempo para labores más creativas e innovadoras que han hecho posible el surgimiento de la era del conocimiento. El taylorismo, no el marxismo, es el que ha logrado el acceso de gran parte de la población a bienes y servicios que antes eran privilegio de unos pocos. Esa fue una verdadera revolución, no el modelo marxista que ni siquiera los alemanes pudieron hacer funcionar. ■